

SOBRE EL POPULISMO DE VILLACAÑAS

Geminello Preterossi

Università degli Studi di Salerno

ON VILLACAÑAS' PUPULISM

Al libro de Villacañas, *Populismo* (2015), se le reconoce el gran mérito de no estigmatizar el fenómeno en nombre de prejuicios *mainstream*, sino de tomarlo en serio. Su génesis se halla en la pérdida generalizada de confianza que caracteriza a la actualidad, expuesta a un riesgo sistémico. El trabajo se centra en un estudio filosófico del populismo que capta la ambivalencia del imaginario que lo sustenta, aunque está claro que no es solo cuestión de ambiente y percepciones. Para Villacañas, la paradoja del pensamiento *radical* reside en que se revela impotente frente a la crisis (en lugar de sacar provecho de esta). Añadiría que parece forzado a una especie de salida metapolítica. El hecho de haber separado plan de los intereses materiales y horizonte simbólico –abandonando el primero al finzcapitalismo y convirtiendo el segundo en mera “narración”– se ha revelado un error funesto. A la larga, los símbolos arraigan si repercuten en la realidad social haciéndose cargo de las relativas exigencias. Propaganda mediática y emblecos (aunque difíciles de contrastar) no son suficientes. Es cierto que la regresión cultural representa uno de los factores de disgregación del *ethos* democrático, que necesita de ciudadanos democráticos (y, por ende, de una numerosa clase media), pero las causas son estructurales, no subjetivistas.

En esta general “crisis de autoridad” un papel importante lo juega también la cultura político-filosófica “alta”. Según Villacañas, en la paradoja de la hipercrítica, cuyo objetivo es derribar toda instancia fundante (también modernamente artificialista), el

populismo empieza a esperar, porque este postula que la base de la sociedad no es racional, coincidiendo en todo con la crítica de la modernidad. Ahora bien, el autor acierta en poner en guardia de los riesgos presentes en la condena definitiva de la razón ilustrada. Sin embargo, en realidad, teorías como las de Laclau y Mouffe no son para nada irracionalistas, sino que más bien aspiran a individualizar en el populismo una “lógica”, esto es, ven en el populismo *la* lógica de lo político contemporáneo. Desde este punto de vista, la desesencialización a la que aspiran las teorías agonístico-populistas y los efectos posmetafísicos del pensamiento negativo (es decir, de la hipercrítica) coinciden en algo. Y ya una lectura dialéctica, no unidimensional de lo Moderno, consciente de su núcleo teológico-político (laico, secularizado y artificialista) no puede sino aceptar que el origen de la razón (y del pacto racional) es la no-razón. Esto no significa irracionalismo político, sino comprensión de la complejidad de la noción de razón postsustancial. Así las cosas, tal vez una teoría populista como teoría de lo “político” en tiempos de crisis de la globalización y una teoría crítica no derrotista no sean tan inconciliables: esto es un recurso del populismo y no una deslegitimación de ambas. Es más –y todo lo contrario de la impoliticidad del inmanentismo multitudinario– la teoría del populismo de Laclau y Mouffe se revela políticamente provechosa, precisamente en virtud de la comprensión de la naturaleza simbólico-sentimental del vínculo social, y del hecho de que no hay un autoordenamiento de lo social, sino solo su institución a través de un excedente que individualiza una frontera.

Para Villacañas el populismo comparte su premisa antifundacionalista no solo con el pensamiento crítico radical, sino también con el liberalismo, aunque esta premisa –ya se ha dicho– en lugar de ser solo o sobre todo “liberal”, es más en general y originariamente “moderna”, inscrita en la secularización. El populismo se interroga acerca de los conceptos políticos modernos, en tiempos de su crisis, presentando sus contradicciones y, al mismo tiempo, haciéndose cargo de la persistente productividad y de la imposibilidad de prescindir de estos. El populismo corrobora, compartiéndolas, algunas premisas constitutivas del eje hobbesiano, como la dimensión representativo-simbólica, su función unificadora, la función performativa y efectivadora del lenguaje, la necesidad de la trascendencia y de la personificación del poder, incluso en un contexto completamente secular: “la lógica de los dos cuerpos del rey no ha desaparecido en la sociedad democrática. Simplemente no es cierto que la vacuidad pura haya reemplazado al cuerpo inmortal del rey. Este cuerpo inmortal es incarnado por la fuerza hegemónica” (Laclau, 2005, pp. 214-215).

Para Villacañas el populismo aspira a una construcción hegemónica para proporcionar operatividad a la noción de soberanía, aunque, de alguna manera, la soberanía

siempre es una construcción hegemónica (Galli, 2019, pp. 16-17). Más precisamente, el populismo tiene la finalidad de volver a enlazar Estado y pueblo, aprovechando el quiebre habido por la demolición de las premisas que permitieron la relación entre los Estados pluriclase: políticas de pleno empleo, bienestar, intervencionismo del Estado en la economía, nacionalización democrática de las masas. Tal y como Rodrik (2011) bien demuestra en su “trilema”, no es posible vincular Estado-nación, globalización neoliberal y democracia. La democracia no puede vivir fuera de la dimensión del Estado-nación (o federal: la diferencia entre las dos formas no es decisiva, porque en ambos casos se trata de soberanía política –respectivamente nacional y federal), y necesita de políticas sociales para integrar a las masas. De ahí que su vinculación con el neoliberalismo sea problemática, mientras que un enlace entre nacionalismo autoritario y neoliberalismo es posible, en detrimento de la democracia constitucional. El populismo destaca esta contradicción real e intenta capitalizarla políticamente. Para el efecto, puede avanzar pedidos realmente democráticos (reivindicaciones de poder decisonal y mayor igualdad), o bien puede desviar esos pedidos desembocando en algo autoritario-securitario, que desvaloriza la legítima necesidad de protección social y no incide concretamente en el *finanzcapitalismo*. Pero la cuestión subyacente (reconciliar Estado y pueblo) es real y decisiva, y deriva de la torsión totalizadora y fideísta que el neoliberalismo ha transmitido al capitalismo contemporáneo, haciéndolo chocar con la democracia¹, y no procede del “populismo”, que quizás sea un “indicador” ambivalente: tal vez un síntoma, pero también la señal de un persistente apego a la democracia como promesa moderna de liberación posible, reivindicada justo cuando se reacciona a un mecanismo de expropiación (son los Chalecos Amarillos los que toman en serio y se interesan por la promesa democrática, no los que los criminalizan). Sin embargo, este núcleo de verdad democrática del populismo es ignorado y malinterpretado por el discurso dominante. No es casual la actual proliferación de libros “contra la democracia”, nacidos en el vientre del *establishment*².

Según el autor, uno de los méritos del populismo es rechazar las utopías sobre el fin de la historia: acepta la contingencia y la problematicidad de la política como datos constitutivos. En todo esto no hay ninguna tragedia, sino estrategias conyunturales, aceptación del ámbito de lo “político” como ámbito de redefinición de fronteras y equilibrios hegemónicos; es una posición que no se afilia al posmoderno (porque reconoce la irrenunciabilidad del conflicto, del confín del poder), pero que incorpora la transición posesencialista generada por el posmodernismo. Esto determina una

1. Cfr. (Streeck, 2017)

2. Me limito a citar Brennar (2016).

dilatación que al mismo tiempo es difusión y alivio del concepto de hegemonía.

Villacañas elige desarrollar su crítica “no liberal” del populismo sustrayendo Freud al populismo. Aunque en clave “emancipadora”, esto postula un sujeto narcisista que prospera al eclipsarse el “No”. Un ideal del Yo débil crea sujetos listos para identificarse en liderazgos de grupos más originarios y primitivos: por lo tanto, existiría una correspondencia entre subjetividades frágiles, pero ficticiamente compactas y autoexaltadas y grupos sólidos, exentos de contradicciones por contraponerse a un enemigo exteriorizado. Así las cosas, aquella populista no sería una “razón”, ni siquiera emancipadora, porque alimentaría una especie de indistinción entre lo normal y lo patológico, ni una modalidad de respuesta reificadora y simplificadora, no compleja, a los efectos desarreglantes de un mundo a su vez hipercomplejo (y anómico por el reduccionismo neoliberal, que no es solo economicista, sino de alguna manera antropológico y epistemológico). Populismo y neoliberalismo serían desde algunos puntos de vista especulares, derivando el primero del segundo (de sus efectos fuertemente inegalitarios, destructivos de la relación social): Villacañas subraya justamente que quien propone con fuerza la agenda liberista no debería quejarse de que aquella, la populista, avance de la misma manera.

Además, precisamente el carácter de contragolpe sicopolítico del neoliberalismo adquirido por el populismo nos explica por qué el partido se juega en el campo populista, sobre todo cuando los niveles de erosión y deslegitimación del *ethos* republicano necesario a la democracia son notables. La analogía entre sujeto y populismo, por la hendedura que se abre en ambos y que impide tanto el cierre del aparato psíquico como de aquel de la totalidad social, es productiva: el hecho de que esa fallida saturación psíquica alimente un potencial de crítica emancipadora no es desmentido por el asunto por el que, en política, ese potencial debe ajustar cuentas con las dinámicas (también opacas) de constitución del colectivo por medio de la trascendencia del poder (aún más si la finalidad es repercutir en la efectividad de las relaciones de fuerza, y no un mero testimonio). Es probable –como sostiene Villacañas– que el populismo no ayude en eso; sin embargo, es indudable que intercepte las preguntas. Podría elaborarse una estrategia neo-hegemónica solo con aceptar su ámbito, pero no sustrayéndose a esta de forma moralizadora, contentándose con lograr ilusoriamente un “fuera” bonificado y transparente con respecto a la opacidad espuria del campo de batalla populista. Salir del poder y del pueblo “real” corre el riesgo de interdecir el conflicto político, y el irenismo de una pospolítica “armónica” (en la que se hallan también las mitologías del “cuidado”), sin poder ni escisión, produce subalternidad e impotencia.

En un contexto similar, cabe preguntarse si el republicanismo “civil” propuesto por Villacañas en alternativa al populismo –que se alimenta fundamentalmente de meritocracias y, al mismo tiempo, frágiles experiencias horizontales de ciudadanía activa y voluntariado solidario– es capaz de organizarse para encauzar la energía política en vista de una transformación radical, o de un desplazamiento contra-hegemónico de las relaciones de fuerza sociales, frente a un pesado vínculo externo en la construcción europea (sobre todo en la zona euro, que se ha convertido en un espacio de jerarquización y de divergencia entre los pueblos europeos del núcleo fuerte alrededor de Alemania y los demás países).

Traducción del italiano de M. Colucciello

Referencias

- Brennar, J. (2016). *Against Democracy*. Princeton: Princeton University Press.
- Galli, C. (2019). *Sovranità*. Bologna: Il Mulino.
- Laclau, E. (2005). *La razón populista*. Buenos Aires: FCE.
- Rodrik, D. (2011). *The Globalization Paradox. Why Global Markets, States, and Democracy Can't Coexist*. Oxford: Oxford University Press
- Streeck, W. (2017). *Buying Time: The Delayed Crisis of Democratic Capitalism*. New York: Verso.

